



## EL ESTANQUE

Ernesto Herrera, autor dramático

Ulises Favaro, ha tomado en serio su papel de director artístico de compañía dramática. Empeñado con Arellano y la Tesada en aclimatar en nuestra muy charrúa ciudad, un teatro nacional, no se da un minuto de reposo. Aguanta heroicamente la lectura de los miles de autores que lo amenazan constantemente con sus voluminosos manuscritos. Y dice muchas veces que no. Y pocas veces que sí. Pero nadie mejor que él sabe lo que hace. Después de todo esto, queda con ánimos para desentrañar cosas buenas. No tiene ningún reparo en convertirse en buzo y escudriñar lugares prohibidos, frecuentados por esa escoria de la sociedad, llamados soñadores. El sabe demasiado, que los diamantes están muy escondidos, mientras que los adoquines se encuentran al alcance de cualquier pie.

«Polo Bamba.» Hora: cualquiera. Ernesto Herrera y yo, nos encontramos uno á cada lado de la mesa, ¡ay! implacablemente desierta. Hablamos. ¿De qué? ¿de negocios? ¿de interés? ¿de amorios? ¿de football? ¿de la trompeadura Jeffries Jhonson? No. No. Nuestra charla es insustancial, incolora, inútil. Hablamos de la santa Belleza y de los abominables versos. La amable figura del emperador Severino I, nos sonríe de lejos. Él también ama á los versos y compone de vez en cuando estupendas pelipondias, ó magníficos cacahuetes ó incomparables empirismos. En el café semi-vacío, parpadean los focos como pupilas cansadas.

De repente, aparece Favaro. Se me dirige rectamente y sin darme tiempo ni á saludar, me dice:

—Amigo mío; he sabido que un señor Herrera, tiene una hermosa obra dramática, titulada «El Estanque»; ¿puede Vd. presentármelo si lo conoce?

Herrera, mira de reojo al que lo ha llamado «señor.»

—Es verdad, contesto, y mire Vd. la casualidad, está aquí mismo. Y hago las presentaciones. Pero al darle la mano, Herrera ha sentido en la suya la presión de varios anillos. Mira detenidamente á su interlocutor y sus miradas descansan pausada-

mente en la alfiler de corbata, en la cadena de oro, en los brillantes de los dedos. Entonces, con la turía que emplea la «claque» en noche de estreno, bate palmas ruidosamente, grita con su voz chillona:

—¡Mozo! ¡Un café con leche grande, pan con manteca y ensaimadas!

Favaro, se retira prudentemente. Pero después vuelve á acercarse más confiado. Le habla de «El Estanque» que Herrera ofrece leer. Y lee. Favaro entusiasmado la acepta. Queda firmado el trato en el aire. El director artístico está sumamente satisfecho, y se guarda el manuscrito en uno de los amplios bolsillos de su sobretodo. Después habla:

—Me habían dicho que Vd. era loco, y eso mismo me lo hizo simpático antes de conocerlo. Díjéronme que Vd. era un bohemio...

Entonces yo interrumpo:

—En efecto; un bohemio prodigioso, muy difícil de encontrar, en estas sucursales de Cartago. Un bohemio completo que tiene por habitación el planeta como las golondrinas, no hace verano. Hoy está en Montevideo, mañana en Buenos Aires, pasado en Barcelona y al otro día en Amsterdam. Es un pájaro que no hace nido y que también como los pájaros, viaja sin un centésimo en los desolados bolsillos. Provisto de un buen humor inalterable, siempre lo encontrarán con la risa en los labios.

Después prosigo:—Tengo una fe inquebrantable en su obra. Yo que soy su compañero desde que «Bohemia» nos unió en un mismo ensueño, conozco su obra original y vasta. Triunfará. Triunfará.

Favaro apoya silenciosamente. Paga y se despide.

Luego, cuando ha desaparecido, Ernesto Herrera, transfigurado, agigantado, metamorfosado, se levanta y golpeando ruidosamente con los descarnados nudillos, en la mesa, ordena con estentórea voz:

—Mozo, ¡otro café con leche, con pan y manteca y ensaimadas!

Y el mozo que nunca le fió, le sirve humildemente.

ALBERTO LASPLACES